

# La Iglesia ante la Covid-19

“Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca estamos todos (...). No podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos (...). Comprendemos que nadie se salva solo”.

FRANCISCO, Plaza de San Pedro, 27 de marzo de 2020.

Aunque quizás resulte prematuro valorar el modo en que la Iglesia ha respondido ante la pandemia provocada por el coronavirus, y el impacto que ésta ha tenido sobre la Iglesia, hay indicios que permiten hacer un balance provisional en el primer aniversario de su inicio.

Por un lado, individuos e instituciones católicas han realizado, como ha sucedido en otras muchas crisis anteriores, una labor asistencial de tipo caritativo —ayudando económica, psicológica y sanitariamente—. Al mismo tiempo, han acompañado espiritualmente a millones de personas, aunque esta vez de una forma nueva y creativa al usar con finalidad pastoral las nuevas tecnologías de la comunicación. En tercer lugar, algunos líderes católicos han ofrecido también una reflexión ética y sapiencial en un tiempo de desconcierto.

Por otro lado, la Iglesia, al igual que la mayoría de las instituciones de la sociedad, está sufriendo el grave impacto económico de la crisis, ya que muchas de sus tradicionales fuentes de financiación se han visto mermadas. En el plano espiritual, la soledad, el sufrimiento

y la muerte provocada por el virus ha cuestionado las convicciones de la comunidad cristiana. En este sentido, y aunque todavía no se pueda hablar de una tendencia consolidada, se está constatando que algunas prácticas religiosas se han modificado de forma sustancial en los últimos meses.

### **La respuesta de la Iglesia ante la pandemia**

En palabras del Rector Mayor de los Salesianos, Ángel Fernández Artime, "como católicos, debemos seguir respondiendo con generosidad. En general, en situaciones extremas, tendemos a dar lo mejor de nosotros mismos". Y así ha sido. En la compleja situación que estamos viviendo, las instituciones caritativas y hospitalarias católicas han ejercido una labor clave durante la crisis sanitaria, económica y social provocada por el Covid-19. En no pocos lugares del mundo se han puesto a disposición de las autoridades civiles edificios religiosos con el fin de usarlos como albergues y hospitales improvisados. Al mismo tiempo, la Iglesia ha multiplicado su atención a las personas y a las familias más vulnerables a través de Cáritas y de la red de entidades impulsadas por todo tipo de instituciones y comunidades cristianas. Si las parroquias han repartido toneladas de alimentos, los hospitales han sido diques de contención de la enfermedad.

Como nos alertaba el VIII Informe FOESSA hace más de un año, en el contexto de crecimiento económico previo a la pandemia, 8,5 millones de personas estaban en una situación de exclusión social en nuestro país, de los cuales 1,2 millones viven en la supervivencia pura y dura. Además, otros 6 millones temían que la próxima sacudida se los llevara por delante. Y así ha sido. La pandemia ha agravado la situación, evidenciando las rupturas y disfunciones de nuestra sociedad. Especialmente preocupante es el escenario de casi 200.000 personas acompañadas por Cáritas que en el mes de septiembre no contaban con ningún ingreso. Dentro del colectivo en exclusión es especialmente crítica la situación de las personas que se ganan la vida en la economía informal, cuyos ingresos, según Cáritas, se han reducido un 70%.

Junto a la ayuda económica y sanitaria, surgieron durante la cuarentena múltiples y novedosas iniciativas para ofrecer espacios de escucha y acompañamiento a personas que se encontraban solas. La labor de muchos laicos, religiosas y sacerdotes se ha centrado en la asistencia espiritual a los enfermos y sus familias. La atención religiosa a los pacientes de Covid-19 y al personal sanitario, así como el acompañamiento en el trauma y el duelo a las personas en situaciones de dependencia, soledad y angustia, se convirtió en una tarea prioritaria durante las semanas más duras del confinamiento. El móvil y los ordenadores fueron, sin duda, las grandes herramientas para la escucha, el acompañamiento espiritual y el fortalecimiento de los lazos entre familiares, amigos y miembros de la comunidad separados por la pandemia.

Desde parroquias, escuelas, universidades, comunidades laicales y los más variados ámbitos se respondió también con creatividad generando espacios de celebración, plegaria, meditación o reflexión. En particular, las redes se han convertido, a pesar de sus limitaciones, en un instrumento privilegiado para la celebración de la fe. Las videoconferencias han sido un medio para acompañar a las familias y seguir ofreciendo formación. Por su parte, radios, televisiones y revistas católicas han hecho un especial esfuerzo en este tiempo. En definitiva, la práctica totalidad de las instituciones eclesiales han tratado de servir y llegar a los fieles.

Otras contribuciones de la comunidad cristiana se sitúan en el plano más intangible del liderazgo y la orientación ética. Es justo reconocer que no todos los líderes católicos han estado a la altura de la crisis. El silencio eclesial de las primeras semanas y el desconcierto que se vivía fuera de la Iglesia se percibió también en su interior. Sin embargo, algunas voces autorizadas —entre ellas las de Francisco— sí fueron capaces de ir elaborando un discurso consolador y orientador.

Por ejemplo, en nuestro ámbito cultural, Juan José Omella, cardenal de Barcelona, llamó a la responsabilidad y el cuidado mutuo en un

discurso pronunciado en el seno de la Conferencia Episcopal Española:

“El marco de nuestra civilización mundial está dañado. Ya hacía tiempo que el mundo estaba desajustado y esta pandemia no ha hecho sino visibilizar y agudizar el desproporcionado estado de las desigualdades económicas y sanitarias, las gravísimas consecuencias de la destrucción de los ecosistemas, el interés egoísta y polarizador de los populismos irresponsables y, sobre todo, nos hace ver lo lejos que estamos de sentir y comportarnos como una única familia humana”.

Estas palabras de denuncia y análisis de la realidad social han caracterizado las intervenciones de algunos líderes espirituales, entre los que destaca Francisco. Tanto en su reciente encíclica *Fratelli tutti*, como en su presencia activa en redes sociales o en sus numerosas homilías e intervenciones en los medios ha llamado de forma insistente a la renovación ética, la responsabilidad política y la búsqueda espiritual.

### **El impacto de la pandemia en la Iglesia**

“Cepillos vacíos y comedores llenos: el Covid destroza las finanzas de la Iglesia”. Ese fue el titular de un artículo publicado en un periódico nacional en el mes de junio. Efectivamente, muchas diócesis e instituciones religiosas han visto mermados sus ingresos, especialmente aquellos que procedían de las donaciones directas de los fieles. Por ejemplo, en la Diócesis de Valladolid se calcula que la colecta —el denominado ‘cepillo’— disminuyó más de un cincuenta por ciento durante la pandemia, aunque aumentaron los donativos a través del portal online. También se estima que las necesidades de las Cáritas diocesanas se han multiplicado por tres, mientras que la principal fuente de ingresos —los donativos de los fieles, que suponen un tercio de los ingresos de la Iglesia— se ha visto reducida significativamente en la mayoría de los templos.

En el plano pastoral y litúrgico, al principio de la pandemia algunas diócesis y conferencias episcopales retiraron las pilas de agua bendita y aumentaron las medidas de higiene, evitando al máximo el contacto físico durante las celebraciones. A medida que avanzó la enfermedad, los obispos fueron dispensando a los fieles del precepto de participar en la misa dominical, permitiéndoles quedarse en casa para cumplir con las órdenes de confinamiento decretadas por los gobiernos y recomendando el seguimiento de las celebraciones a través de los medios de comunicación. De ahí que los canales de televisión y radio incrementaran la programación religiosa, batiendo récords de audiencia.

Algunos estudios recientes han constatado un mayor interés en participar en servicios religiosos "en línea" durante el encierro. La interconectividad facilitada por las tecnologías digitales está contribuyendo a incrementar la participación en actos religiosos virtuales, incluso en el caso de algunas personas que nunca habían puesto un pie en una iglesia. Otros estudios, por el contrario, han puesto de relieve que los fieles que asistían regularmente a las celebraciones de forma presencial han tenido menos interés en participar virtualmente. En este sentido, una cuestión que preocupa es que muchos se han acostumbrado "a no ir a misa" y parece que, en no pocos lugares, no han vuelto ni a las celebraciones, ni a las catequesis, ni a las reuniones. Incluso en Cáritas, donde muchos de los voluntarios son personas jubiladas, la disponibilidad se ha visto reducida porque la gente no vuelve. En definitiva, el impacto de la crisis en la dimensión económica, caritativa, sacramental, pastoral y en la religiosidad popular en general resulta todavía difícil de predecir, aunque todo apunta a que no volverá a ser como antes.

Otra de las cuestiones que se planteó poco después del inicio del confinamiento fue si esta crisis posibilitaría un nuevo resurgir espiritual o, por el contrario, supondría una vuelta de tuerca del proceso de secularización. Sin duda es demasiado pronto para responderla, pero lo cierto es que la pandemia ha afectado gravemente el estado de ánimo de muchos y está provocando en no pocas personas preguntas de tipo existencial y espiritual. Históricamente, estas situacio-

nes han sido propicias para que afloren las grandes preguntas sobre la vida, la muerte y el sentido. ¿Sucederá lo mismo en esta ocasión?

No sabemos si la pandemia del coronavirus —que bien puede calificarse de “trauma generacional”— provocará un repliegue identitario y egoísta o una búsqueda colectiva que nos haga más humanos y nos ayude a vivir más reconciliados con nosotros mismos, con los demás, con la creación y con Dios. Francisco, en *Fratelli tutti*, ha interpretado la experiencia de la pandemia en este segundo sentido, como una oportunidad histórica para iniciar una nueva búsqueda espiritual y rehabilitar así la responsabilidad, el servicio y la solidaridad:

“En estos momentos donde todo parece diluirse y perder consistencia, nos hace bien apelar a la solidez que surge de sabernos responsables de la fragilidad de los demás buscando un destino común. La solidaridad se expresa concretamente en el servicio, que puede asumir formas muy diversas de hacerse cargo de los demás. El servicio es en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo. En esta tarea cada uno es capaz de dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. [...] El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la ‘padece’ y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas” (n. 115). ■